

Raúl Silva Castro

Medina, historiador de la literatura chilena

(NOTAS PARA UN ESTUDIO)



ON José Toribio Medina publicaba en 1878 el primer volumen de su *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, libro que, bien considerado, no es otra cosa que una sucesión de monografías de los autores que brillaron en el período descrito por el nombre de la obra. Antecedía una *Introducción* que da cuenta del estado de la cultura colonial y que finaliza señalando un paralelo entre las vicisitudes políticas y literarias de la monarquía española y la marcha que las letras coloniales chilenas siguieron en esos mismos días. No hemos hallado en esa *Introducción* la mención que esperábamos. El autor no anuncia en ella su propósito de escribir una historia general de las letras chilenas, aun cuando el esfuerzo realizado sólo sobre el período de la dominación española parecía anticiparla. También parecen referirse a esa misma obra en proyecto algunas menciones que hallamos entre las *Obras póstumas* colacionadas por Guillermo Feliú Cruz en su *Bibliografía de don José Toribio Medina*, Buenos Aires, 1931, como el *Compendio de la Literatura Chilena hasta 1852, Periódicos y periodistas de la colonia* (p. 176), y Ercilla

Juzgado por "La Araucana" (p. 177), que se nos presenta como sexto y último volumen de la edición monumental del poema que el señor Medina había realizado en años anteriores hasta el quinto. Personalmente recordamos haberle oído decir que no quería tratar de autores vivos, y que su intento de escribir la historia literaria, alguna vez señalado como tentación de su pluma, se había reducido a los fallecidos. Es significativa a este propósito la mención de año que ocurre en el título del *Compendio*: ¿por qué hasta 1852? Nada más que porque en ese año nació el autor... En todo caso, según nos parece, el *Compendio* no se escribió nunca, y lo que ha sido conservado hasta hoy no pasan de ser unas cuantas fichas sueltas que habrían sido dispuestas por el autor para afrontar una redacción que en definitiva no acometió.

Y es lástima todo ello, para la cultura nacional, porque, como veremos en seguida, Medina dejó iniciada una investigación de primera línea para la elaboración de una obra global de vastos caracteres. Aun cuando cavó particularmente en la Colonia, no fué éste el único campo de sus estudios. Las exploraciones que hizo en los anónimos y seudónimos, en los traductores, en la literatura femenina, parecían haberse dispuesto con el fin de establecer las bases ciertas de un conocimiento general del fenómeno literario que podía conducir a la redacción de la historia literaria general de Chile.

El primer viaje que Medina hizo fuera del territorio nacional lo llevó, inmediatamente después de recibido el título de abogado, a la ciudad de Lima, en la cual iba a reunir algunos de los documentos que necesitaba para la redacción de la *Historia de la Literatura Colonial*. De este viaje quedó además un testimonio impreso que interesa a nuestro estudio. En 1875 publicó en Lima las *Memorias del Reino de Chile y de don Francisco Meneses* que había escrito el padre fray Juan de Jesús María. El original de la obra era

de propiedad del erudito peruano don Manuel de Mendiburu, quien le permitió al señor Medina no sólo copiarlo y estudiarlo sino que, además, se lo regaló para que éste, como indica al final de su *Introducción*, lo entregara a la Biblioteca Nacional de Chile (p. X). Se dirá que el propósito de nuestro erudito al publicar esta obra no era otro que el de ayudar a la historia civil y política de su patria; y así parece acreditarse por la índole del estudio. Pero hay más. Las *Memorias del Reino de Chile* plantean un problema de paternidad que interesa a la historia literaria, y el señor Medina no lo esquiva en las páginas de su ya citada *Introducción*. Abreviando, puede decirse que el enigma sigue siéndolo en estas horas y que suscita interpretaciones que, a nuestro parecer, no pueden ser sostenidas en presencia de los hechos que se han venido comprobando.

La *Historia de la Literatura Colonial de Chile*, escrita por el señor Medina en presencia de innumerables documentos inéditos que había reunido durante su estancia en Lima, fué premiada por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. El autor era entonces un joven curioso y amigo del estudio, a quien podía sin duda presagiarse un porvenir feliz en vista de trabajo de tanta erudición y de tal peso crítico. Conviene tener presente que gran número de las monografías que comprenden esta obra están actualmente superadas por investigaciones posteriores, muchas de las cuales hizo el propio señor Medina, pero ello sólo se debe a que han sido encontrados nuevos documentos y antecedentes y dado a luz publicaciones que el autor tomó allí como inéditas, no a deficiencia de su información ni a incompetencia. Bastaría en realidad leer los informes presentados a la Facultad por don Gregorio Víctor Amunátegui y don Benjamín Vicuña Mackenna para darse cuenta del trabajo realmente asombroso que cumplió el joven erudito. En los dos primeros volúmenes el señor Medina trata respectivamente de la poesía y de la prosa, y en el tercero reúne piezas curiosas y poco conocidas y algunas composiciones latinas que informan sobre el estrago del gusto entre los escritores coloniales.

También este tercer volumen contiene una bibliografía e índice tan prolijos como los que siempre confeccionó el señor Medina, aunque menos perfectos que las obras maestras que en días posteriores dedicó a la bibliografía americana.

Juzgando de esta obra y ensanchando los límites del informe propiamente universitario que se le pedía, Vicuña Mackenna había escrito:

No excusa ningún detalle porque no se ha evitado la fatiga de ninguna investigación. Razona con abundancia porque ha estudiado sin pereza. Retrata y comprueba hechos dudosos o poco esclarecidos, afirma y rectifica nombres y fechas, da dictámenes sobre accesorios o juzga a fondo sobre los caracteres y las situaciones, porque el autor para escribir sobre la poesía del coloniaje, ha comprendido con laudable sagacidad (no imitada por todos, y en especial por la gente novel y presuntuosa de nuestra milicia literaria) que para escribir sobre los versos de épocas ya remotas, es preciso, a fin de acertar, escudriñar a fondo su historia, su sociabilidad, sus corrientes dominantes y hasta la crónica casera y la vida íntima, así de los cantores como de sus héroes, supuestos o verdaderos.

Por algunas de las expresiones de este informe se sabe que él se refería sólo al primer tomo de la obra, que comprende la producción en verso; en un segundo informe, firmado esta vez por don Gregorio Víctor Amunátegui y don Benjamín Vicuña Mackenna, se trataba con extensión de las nuevas partes que el autor agregó en seguida a la obra para completarla, esto es, lo que hoy forman los volúmenes segundo y tercero de la edición que corre hasta la fecha. En suma, lo declaraban acreedor al premio ofrecido por la Facultad de Humanidades, elogiaban a Medina como investigador y lo diputaban expositor concienzudo y fiel de una materia vasta en la

cual había practicado una selección que acreditaba el mucho estudio previo de fuentes y la crítica histórica. Y haciendo fe sin duda en las fuerzas del mismo autor a quien recomendaban para el galardón, los informantes terminaban diciendo:

Por esto mismo, y en la esperanza de que tan recomendable ejemplo pudiera encontrar imitadores, nos permitimos dar fin al presente informe con una respetuosa insinuación a la Facultad a la cual nos honramos de pertenecer: a saber, la de que habiendo dado resultado tan feliz el tema del premio propuesto por la Universidad respecto de la literatura que termina junto con la dominación española, se asigne igual o si es posible mejor galardón al estudio del movimiento intelectual que empezó en la revolución, y que constituye propiamente lo que podría llamarse "nuestra literatura nacional".

Obvio será tal vez decir que, como ocurre con toda obra del ingenio humano, la *Historia de la Literatura Colonial* del señor Medina ha sido después rectificada en no pocos puntos, en parte debido a la publicación de nuevas obras que estaban inéditas cuando el autor las estudió y en parte por trabajos de erudición especial. Entre éstos ocupa la primera fila, por su entidad excepcional, el estudio que a la persona de Fernando Alvarez de Toledo dedicó don Aniceto Almeyda, en polémica con don Tomás Thayer Ojeda. Apartando los incidentes propios de una discusión literaria, cabe consignar, como resumen, que el señor Almeyda allegó datos suficientes para inclinarnos a aceptar que el *Purén Indómito*, que es el poema hasta 1878 conocido como obra de Alvarez de Toledo, fué escrito por un deudo inmediato suyo, don Diego Arias de Saavedra. El mismo autor lo supone nacido hacia 1558, extremeño, soldado de los ejércitos españoles que hicieron la campaña de Portugal, en 1580, y auxiliar de don Luis de Sotomayor cuando éste, nombrado gobernador de Chi-

le, salió de Cádiz en marzo de 1589. Habría vivido en este país desde 1590, siendo vecino de Chillán en donde contrajo matrimonio y era alcalde en 1599. Se le supone, en fin, muerto "antes del 3 de julio de 1627, en que se decía viuda su mujer, doña Isabel de Toledo". Los futuros estudios de literatura colonial no podrán prescindir ya de estos datos, prolijamente esclarecidos después de un trabajo de erudición y de crítica histórica que ilustra notablemente al señor Almeyda.

No entran en nuestro estudio ni las historias de la Inquisición ni las reediciones de libros raros que el autor hizo en el intervalo y que son otras tantas muestras de su portentosa erudición. Tampoco me es dado en esta ocasión extenderme en las colecciones de documentos inéditos, donde el interesado en el estudio de la historia literaria encuentra a menudo noticias que en parte alguna hallará igualmente completas y provechosas; pero no se nos diga que la *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile* (1891) no es útil para investigación de la historia literaria. El autor, amigo de las dificultades, dotado de un ánimo emprendedor que no se arredra ante ninguna, acude precisamente al terreno de investigación más difícil. Se trata de precisar cuáles son las muestras que han quedado de la imprenta en Chile desde los tiempos más remotos, y como es notorio que las hay anteriores a 1812, año en el cual llegó oficialmente al país la maquinaria en que se imprimió *La Aurora*, es obvio suponer que antes de esa fecha hubo en Santiago un taller o remedo de taller impresor que tiró de mala manera y con tipografía sucia y descabalada algunas hojitas de que el autor hace inventario con paciencia minuciosa. No hay literatura allí, pero sí datos para apreciar el ambiente en que transcurre la Colonia: durante los tres siglos de la vida colonial Chile no sólo depende políticamente de la Metrópoli, de la cual recibe órdenes, mandatarios, hasta dinero para

subsistir, sino que también culturalmente es muy poca cosa si se pretende tomarle aisladamente, como haríamos hoy prevalidos de la indudable independencia política. La *Bibliografía de la Imprenta en Santiago* sirve, pues, indirectamente para introducirnos en un ambiente que sólo puede adivinarse al través de informaciones dispersas e incompletas.

De esta obra, por lo demás, hay mucho que decir. Cuando el autor la publicaba en 1891 pudo creerse que por ese solo hecho declaraba agotada la investigación y concluido el ciclo de sus estudios sobre la materia. Pero lo propio de las ciencias históricas es que se rehagan continuamente las obras inspiradas en sus ideales y en sus métodos. El autor comenzó a recibir noticias de impresos que él no había visto al dar a luz su estudio, poseyó algunos, recibió descripciones de otros, y con todo este material compaginó unas *Adiciones y Ampliaciones* en que ocupó los últimos años de su vida y a las cuales había dado cima en junio de 1930, esto es, "seis meses antes de su fallecimiento".

De aquellas *Adiciones y Ampliaciones* se hizo, en fin, una edición en 1939, es decir, cuando ya habían corrido nueve años del fallecimiento de su autor, con introducción de Feliú Cruz, que tomó a su cargo la tarea de juntar los originales y disponerlos para la imprenta, en su calidad de albacea literario del señor Medina. Pero sin perjuicio de aplaudir esta generosa y pía labor, debe reprocharse al editor la timidez de su obra. Lo que cabe hacer, y cuanto antes, es una edición "refundida", en la cual los impresos que describe Medina se dispongan en una serie única, porque habrá de concederse que no es fácil ocultar un libro cuyo primer volumen se publicó en 1891 y cuya segunda parte sale cuarenta y ocho años después, sin que haya entre las dos la coordinación y el ensamble que serían deseables. Tarea es ésta, de extrema responsabilidad bibliográfica, que tal vez haya de tomar a su cargo oficialmente el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toriibio Medina creado por ley y que tiene, entre otros objetos, la finalidad explícita de publicar ciertas

obras de nuestro erudito que más hagan falta a los estudios literarios chilenos y americanos.

La *Biblioteca Hispano-Chilena*, memoria presentada a la Universidad en 1897 y que se compone de tres volúmenes, merece por cierto mención aparte y especialísima. Es una obra monumental de erudición literaria e histórica que sólo ha podido ser escrita por un hombre que dedicara con inagotable paciencia sus horas todas a la investigación de los más menudos fragmentos de la historia chilena. Comprende los impresos hechos en España que ha visto el autor a través de sus ya dilatados viajes y que corresponden a asuntos chilenos. La obra fué proseguida en su segundo volumen en 1898, y al año siguiente se publicaba el tercero. Después, por varios años, el autor publica las *Imprentas* en diversas ciudades de América que son otras tantas aportaciones luminosas y definitivas a la historia de la naciente cultura europea en las tierras del hemisferio occidental fecundado por España, hasta que en 1905 añade un nuevo título a la fracción de su obra que he tomado como tema del presente estudio. Me refiero a los dos volúmenes con más de quinientas páginas sobre *La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe*, magna empresa de investigación y de erudición en la cual el señor Medina no omitió esfuerzo alguno que pudiera conducirlo a precisar la verdad en materia tan ardua. Alejado de todo doctrinarismo, indiferente a la pasión política, el autor no se ha propuesto otra tarea que ver a través de papeles fidedignos, especialmente las actas del Cabildo de Santiago que viene publicando ya hace un buen número de años, cuáles y cuántos fueron los intentos de extensión de la cultura que hicieron los colonizadores de Chile, qué frutos pudo obtener de ellos la Corona de España y en qué grado contribuyeron a formar en la pobre colonia araucana una nueva nacionalidad. Con esta obra se da la mano aquella que publicó muchos años después, 1928, y que no es otra que la *Historia de la Universidad de San Felipe*.

En 1906 publica el *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, or-

denado resumen de prolijas investigaciones sobre varios centenares de ilustres chilenos y extranjeros residentes en Chile que se destacan con luz propia en la vida colonial. Hay allí muchos escritores cuyas obras ha leído el señor Medina, cuyos hechos conoce con extraordinaria prolijidad, y a los artículos de este Diccionario deben acudir cuantos buscan formarse una idea, siquiera rápida, de todos cuantos en el período colonial manejan la lengua escrita para ilustrar a sus compatriotas. La redacción es clara y correcta, el estilo desprovisto de todo inútil ornamento y el acopio de hechos tan caudaloso y de buena ley, que son pocos los sitios en los cuales el crítico más severo encontraría algo que tachar.

También interesa a la historia literaria de Chile la edición de *El Temblor de Lima*, poema de Pedro Oña, que el señor Medina hizo en 1909, y que está precedida de una extensa noticia sobre el *Vasauro*, otro poema del mismo autor que estaba inédito en sus días. La publicación posterior del *Vasauro*, en una prolija edición diplomática que se debe a los cuidados del doctor don Rodolfo Oroz, ha servido para revivir el interés de los chilenos por la obra de Oña, a quien no es vano reservar el título de primer poeta chileno en el tiempo, ya que es él, efectivamente, el primer hijo de este suelo que aspiró a ilustrar su nombre en las letras. Y de que este interés, suscitado por la obra del señor Medina, no ha decaído, es abundante prueba el estudio sobre el *Arauco Domado* que acaba de publicar don Salvador Dinamarca, profesor chileno residente en los Estados Unidos, bajo el auspicio editorial del Hispanic Institute de la Universidad de Columbia.

Por fin, en 1910, cuando la República celebra alborozada el primer centenario de su nacimiento, el autor infatigable, sobre cuyos hombros no pesan los próximos cincuenta años de edad, acomete la empresa de su vida, la obra a la cual quiere con legítimo orgullo confiar su fama póstuma. Me refiero como es presumible a la edición crítica y documental de *La Araucana* que inicia en aquella fecha con la publicación del texto del poema y que prosigue en

años siguientes hasta darle fin, en 1918, con la publicación de comentarios (ilustraciones los llamó el autor) a cuanto punto histórico y biográfico podían ofrecer el poema y su poesía.

En 1923 abordó el señor Medina un nuevo género en la obra bibliográfica que había venido cumpliendo, y al compaginar las anotaciones que forman *La Literatura Femenina en Chile* quiso sin duda ayudar a una apreciación de las letras de la mujer chilena basada en hechos y no en simples suposiciones. Trataba de ver qué géneros literarios había abrazado la mujer, cuáles eran las obras que se le debían, y ante todo procuró reunir sobre las escritoras y sus obras un conjunto de observaciones que diera base suficiente y seria a juicios generales. El propósito quedó logrado con aquellas que el autor mismo llamó "notas bibliográficas y en parte críticas". Porque el señor Medina intentó en estas páginas una crítica blanda, benévola, de la producción femenina, que a su juicio era incipiente en muchos de los géneros literarios, sea porque la mujer no mostrase fuerzas propias para atacarlos, sea porque le habían faltado guías capaces de conducirla. Estas notas siguen siendo lo más concreto que se conoce entre nosotros para apreciar la cultura femenina en sus manifestaciones escritas, y son, como se comprenderá fácilmente, un auxiliar de primer orden para el crítico y para el historiador de la literatura.

Nueva contribución bibliográfica al conocimiento de nuestras letras hizo poco después el señor Medina al publicar la que él llamó *Biblioteca Chilena de Traductores*, llave a mi juicio de la mayor parte de los trabajos de literatura comparada que se emprendan entre nosotros cuando esta ciencia alcance la difusión que merece. El autor enmarca su obra entre los años 1820 y 1924, es decir, en más de un siglo de producción intelectual, y dentro de aquellos años anota todos los libros publicados en Chile que son traduccio-

nes debidas a literatos chilenos; anota también algunas que le parecen obra de escritores extranjeros, pero sólo para hacer resaltar esa circunstancia. La importancia de esta obra se puede estimar adecuadamente cuando se busca en la poesía del siglo XIX, por ejemplo, la fuente de inspiración de los poetas nacionales. Casi todos ellos tuvieron a la vista, como modelos, a poetas extranjeros, a los que leyeron en sus originales y a veces tradujeron con arte y emoción. Sensible fué que el autor no llevara su investigación hacia las producciones de la misma índole, esto es, las obras extranjeras traducidas por chilenos, que han quedado dispersas en las páginas de las revistas del siglo XIX. Mediante esta pesquisa habría podido darse por abarcado casi íntegramente el panorama de las influencias literarias que recibieron nuestros escritores.

En el mismo año de 1925 en que se dió a luz la obra que acabamos de comentar, apareció en Buenos Aires otra que llevó muy lejos el nombre del señor Medina como investigador literario concienzudo y eruditísimo. Me refiero al *Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispano-americanos* que publicó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en dos volúmenes elegantes y bien impresos. La obra es principalmente útil: en ella se registran los libros y folletos americanos firmados con seudónimos o simplemente anónimos llegados a conocimiento del señor Medina, que pudo éste atribuir con probabilidades de éxito a personas naturales conocidas. Un ataque destemplado que partió de las riberas del Plata y que contestó el propio autor en folletos que llevan la firma de uno de sus amigos, dió extraordinaria notoriedad a un libro serio, de estudioso, que en otra forma no habría tenido más circulación que la muy privada y casi confidencial que corresponde a las obras eruditas.

He mencionado ya la *Historia de la Universidad de San Felipe* que el autor dió a luz en dos volúmenes que se publicaron en 1928; conviene, sin embargo, tener otras noticias sobre este libro que es sin duda el más considerable que el autor publicó en los úl-

timos años de su fecunda existencia. Ya estamos en el siglo XVIII, ya el edificio colonial se cuarteo, ya comienza la incubación de los gérmenes intelectuales que también intervinieron en el desenlace de 1810 y en la guerra de emancipación que no vino a tener fin prácticamente sino en 1818. A través de las páginas de este libro suelen sorprendernos algunos nombres que tendrán nueva resonancia, eco distinto en las luchas de la independencia. El organismo colonial crea algunos de los elementos que van a destruirlo, y los que le vienen de Europa formados ya y en plena sazón revolucionaria, O'Higgins, Carrera, encuentran en aquéllos, hermanos acaso más tímidos pero no menos inspirados.

Conforme su vieja costumbre, el señor Medina divide su obra desde el punto de vista material en dos porciones: el primer volumen contiene la historia misma, esto es, el relato de los esfuerzos hechos para fundar la Universidad, la forma en que ésta funcionó hasta su extinción en plena República, quiénes frecuentaron las aulas de ella y mil curiosidades que convergen para producir en el lector la impresión de que ningún detalle escapa a su conocimiento de la vida universitaria en el Chile colonial. En el segundo volumen reúne protocolos, antecedentes, notas, informaciones varias, en suma, documentos justificativos que muestran el trabajo del autor en su primera fase de elaboración, es decir, los fundamentos que le han servido para llegar en el texto a las conclusiones que suscribe. Debe entenderse que este libro es la continuación lógica de aquel que el mismo autor diera a luz en 1905 y titulado *La Instrucción Pública en Chile*. Ambos, en efecto, agotan la investigación sobre las instituciones educacionales con que contó la Colonia y nos van indicando en forma ordenada y comprensiva las etapas por las cuales pasaron aquéllas hasta desembocar en la República, que las substituyó con otras nuevas e hizo imperar sobre ellas un nuevo concepto de la misión docente que se atribuye al Estado. La erudición del señor Medina se muestra en esta historia de la Universidad de San Felipe tan fecunda y activa como siempre; parece que no ha hecho

otra cosa en su vida que registrar los archivos para dar en ellos con los papeles que indican las vicisitudes de la Universidad de San Felipe, ¡y, sin embargo, todos sabemos que éste, por perfecto y acabado que nos parezca, no es más que uno más entre varios centenares de trabajos semejantes que salieron de sus manos, y que la investigación que le dió origen y lo verifica no es la más difícil que acometió el erudito en su larga y proficua carrera!

También es de 1928 un breve estudio titulado *Las Mujeres de "La Araucana" de Ercilla* que el autor dió a la revista *Hispania* (Estados Unidos). Se trata sólo de doce páginas en las cuales el autor no hace otra cosa que contar abreviadamente cuáles son los caracteres psicológicos que distinguen entre sí a las mujeres de oriundez española que aparecen en el poema de las de origen araucano. El estudio es luminoso, y debe ser considerado como una nueva nota que agregar a la edición monumental de *La Araucana*, que si alguna vez se reimprime habrá de verle incorporado a sus páginas en el número de las curiosidades críticas y comentarios que la obra de Ercilla provocó a su estudioso crítico.